

Eugenio Vegas Latapié

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. JUAN VELARDE FUERTES (*)

La muerte de nuestro compañero Eugenio Vegas Latapié, ha producido ya una serie de muy buenos comentarios en la prensa sobre su figura. He recogido hasta ahora, los aparecidos en *ABC*, en *El Alcázar* —donde se publicó uno excelente en todos los sentidos de nuestro compañero Gonzalo Fernández de la Mora—, en *Epoca* y en *Ya*. Quizás haya sonreído Eugenio Vegas ante los silencios de ciertos órganos que, como era de esperar, dejan así claro que continúa la polémica sobre su persona. El conjunto de estos análisis, desde el citado de Gonzalo Fernández de la Mora a los de José María García Escudero, Raúl Morodo, Javier Tusell, Ricardo de la Cierva o Ricardo Gullón, creo que no permiten resquicio alguno de duda sobre la significación histórica del fallecido.

Al intervenir hoy aquí, en su memoria, me gustaría insistir en algo que me parece necesario en estos tiempos, y que fue lo que convirtió a Eugenio Vegas en un auténtico maestro. Yo, por lo menos, así lo consideré. Me refiero a su culto a la lealtad respecto a convicciones a las que el hombre llega tras la reflexión serena, y que obligan a acatarlas, casi con humildad, y por supuesto, con desprecio de todas las consecuencias que puedan derivarse del ejercicio de esa lealtad.

Mi primer encuentro con la figura de Eugenio Vegas Latapié fue, como no podía ser por menos, libresco. Mi padre, para mejorar mi francés, cuando iba a Oviedo desde mi villa natal de Salas, volvía casi siempre con ejemplares del diario *L'Action Française*. Hasta 1940, ésta fue una lectura mía habitual. Por eso, ignoro en qué momento me enteré de la creación de un clima de violencia contra Dreyfus y contra las tesis del *J'accuse* de Zola, el célebre artículo aparecido en *L'Aurore*, de Clemenceau; en qué instante supe que Maurice Pujo había fundado los Camelots du Roi; cuándo supe del tremendo problema del hijo de León Daudet o del escándalo Sta-

(*) Sesión del día 22 de octubre de 1985.

visky, el que parecía mostrar cómo permanecía con todo su hedor la podredumbre de la III República, que se remontaba, para *L'Action Française*, a la prisión de Caillaux, el célebre ministro de Hacienda, por el sucio asunto del *Bonnet rouge* o, algo después, a los cheques sin fondos del ministro de Hacienda de Clemenceau, Louis Klotz —el criticado por Keynes en *Las consecuencias económicas de la paz*—, o a los negocios sucios de Marta Hanau, o al asunto Oustric, el que derribó al gobierno Tardieu; o qué día supe lo ocurrido el 6 de febrero de 1934. Leía yo así a Bainville, aquel que era un arquetipo para Maurras del buen manejo del idioma francés, y al que había retratado con aquel jugoso párrafo que aparece en el Prefacio escrito por Maurras a las *Lectures* —evidentemente, editadas por Arthème Fayard— del primero:

- «—¿Qué es lo que Bainville más ama?
- Lo verdadero.
- ¿Y después de la verdad?
- La lengua francesa.
- ¿Qué pone Bainville por debajo de nada?
- Lo falso.
- ¿E inmediatamente, al nivel de nada?
- La democracia.»

Hasta 1940, eran mi apertura hacia otros mundos contemporáneos, y una lectura casi sistemática para mí, las espléndidas y terribles frases de Maurras, aquél que como nos ha recordado no hace demasiado, Alastair Hamilton en *The appeal of fascism. A study of intellectuals and fascism (1919-1945)* (1971) «no consintió nunca en modificar sus ideas, porque no admitía que hubiese podido equivocarse una sola vez»; aquella pluma que fue leída diariamente por Proust y Rodin, que había movido al aplauso a Gide y Apollinaire, que hacía de *L'Action Française* el único periódico, según Anatole France, escrito en buen francés.

En mi época de estudiante universitario en Madrid, en una de mis visitas periódicas a la Cuesta de Moyano, adquirí simultáneamente unos ejemplares de *Cruz y Raya* y otros de *Acción Española*. Comencé, al leerlos, a avizorar cómo en la década de los 30, un conjunto de españoles que se iban a cruzar y entrecruzar con otros dos grupos —el de Falange, que era el que yo más conocía y otro que venía de toda la serie de grandes instituciones impulsadas por aquel fundador por antonomasia que fue Angel Herrera—, trataban de buscar algún tipo de salida cuando el grito de «¡No es esto!», de Ortega y Gasset cerró las burguesas puertas de la II República para las personas que ansiaban conjugar decoro intelectual y respeto a valores tradicionales. Eugenio Vegas Latapié y *Acción Española*, pasaron a ser una obligada cita de tipo intelectual, porque, además, enlazaban perfectamente con lo que yo había aprendido en *L'Action Française*. En ambas fuentes había percibido una animadversión hondísima: la Revolución Francesa de 1789. Más en concreto,

algo hay que palpita en la obra de Maurras y en la de nuestro compañero: son tres los mitos insidiosos que se han infiltrado en la cultura y en la política modernas: los de Libertad, Igualdad y Fraternidad, impuestos por los que Maurras llamaba los «cuatro Estados confederados»: los judíos, los protestantes, los extranjeros —los metecos— y los francmasones. También me encontré con otro puente, a través de Pierre Gaxotte. Gaxotte firmaba como «El tonto del pueblo» —«L'idiot du village»—, el editorial del semanario satírico de derechas *Coup de Patte*, que dirigía el *chansonnier* bonapartista Martine; era autor de libros como los titulados *La Revolución française*, *Le siècle de Louis XV*, *La France de Louis XIV*, que encajaban perfectamente en los puntos de vista maurrasianos; había sido secretario de Charles Maurras, y escribía en *L'Action Française* y en *Je suis partout*. Por otro lado, era el encargado de la crónica de política francesa en *Acción Española*, y había prolongado la edición francesa del libro de Alvaro Alcalá Galiano, *La caída de un trono*, editado en España por el grupo de *Acción Española*.

Como es lógico, ante el nacionalismo francés tuve mucha curiosidad como economista. Poco a poco fui llenando huecos, captando conexiones, avizorando influencias. Me fue posible, así, construir algo parecido a un complicadísimo árbol genealógico de toda una serie de movimientos y grupos políticos y culturales del país vecino que, entre otras cosas, también explicaban el auge en el mundo intelectual del fascismo. Pero en ese enrevesado encaje de grupos y fuerzas, aparecía de modo continuo lo más granado del capitalismo corporativo francés —basta citar el Comité des Forges— que buscaba el mito de la *sinarquía*. Esos enlaces, en cambio, no los encontraba, ni tan explícitos, ni tan importantes, ni por supuesto, tan organizados, al leer *Acción Española*.

Pero, además, después encontré otras conexiones. Una de mis líneas de investigación es la del papel de la francmasonería como destructora del Antiguo Régimen, de modo, por cierto, en nada parecido a cómo se lo imaginó el Abate Barruel. Al mismo tiempo, las ideas de las logias encajan demasiado bien, a partir de las *Constituciones* de Andersen, con el espíritu del capitalismo, como para exigir excursiones colaterales sobre la historia. Como muy bien comprendió Jesús Pabón, la pieza clave se llama Benjamín Franklin. Al indagar sobre él, por fuerza hube de caer, a más de sobre Max Weber, sobre el historiador francés Bernard Faÿ, antigua firma de *L'Action Française*. Este autor, recientemente fallecido, culmina quizá, sus investigaciones con un muy buen *Luis XVI*, donde tampoco se evitan los dardos contra los revolucionarios y, sobre todo, contra sus ideas. El marco histórico de estos grupos alcanza, precisamente, la quiebra del Antiguo Régimen. ¿Se había avanzado algo en el terreno de las estructuras políticas?

En relación con todo eso, aparece entre nosotros el mensaje de Eugenio Vegas Latapié. De *Acción Española* ¿se lograría eliminar buena parte de lo que empujaba a estos grupos a la *sinarquía* del capitalismo corporativo? Vegas Latapié dio, en ese

concreto sentido doctrinal, muy pocos mensajes. La lectura de sus libros *Catolicismo y República* (1932), *Romanticismo y democracia* (1937) y *Consideraciones sobre la democracia*, enseña que no se dirigen casi nunca al específico mensaje socioeconómico. La esencia es criticar de modo acerbo, como hizo Maurras, a la Revolución Francesa. En esta frase se sintetiza buena parte de su postura: «En la raíz de las ideas democráticas se encuentran dos instintos del ser humano que, lejos de encauzarse racionalmente, fueron elevados a la categoría de dogmas, —falsos dogmas— por los seudofilósofos del siglo XVIII y por sus discípulos de las dos centurias siguientes. Tales instintos desordenados o *falsos dogmas*, son los de «libertad e igualdad». En cuanto a la problemática económica, de mis conversaciones con él quise deducir que la persona encargada de dar el mensaje del grupo, en este orden de cosas, era el asiduo colaborador de *Acción Española*, José Calvo Sotelo. Adoptó éste, una posición crítica, muy a lo Maurras, frente al capitalismo. El reto era pasar de ahí al corporativismo capitalista. Tenía sus problemas. Cuando se lograra, todo se teñiría de populismo.

Hasta ahí llegó mi conocimiento —evidentemente libresco—, de Eugenio Vegas Latapié. Como resumen, me pareció que era un pensador que no se explicaba sin *L'Action Française*, con un evidente distanciamiento del capitalismo en toda su vida, pero sobre todo, con un acendrado catolicismo.

Todo esto, repito, fue conocimiento erudito, pero a partir de mi ingreso en esta corporación, el contacto de casi todos los martes me fue proporcionando una imagen más completa de Eugenio Vegas Latapié. Sus intervenciones —recuerdo como especialmente interesante, una sobre otro compañero, Salvador de Madariaga—, eran ya, más que sobre abstractos temas doctrinales, sobre su visión de retazos de nuestra historia contemporánea que él, en parte, había ayudado a construir. Observé cómo mantenía la misma lealtad orgullosa que había exhibido en su primera conversación ante Alfonso XIII, y la misma ternura, ante las personas de la Institución, que aquella que había exteriorizado en su despedida a un Don Juan Carlos de Borbón adolescente. Por supuesto, esa lealtad de la que no abdicaría nunca, no le convirtió jamás en una especie de cortesano aspirante a formar parte de la camarilla. Menos aún en una especie de Conde de España montaraz. Fue siempre una persona correctísima, con un punto yo diría que de escepticismo sobre ciertas vanas cosas de este mundo.

Así, poco a poco, se me fue dibujando como lo que creo era: como un leal hidalgo. No había en él nada de caballero legitimista a lo Chateaubriand. Por el contrario, la lectura de *El hidalgo y el honor*, de nuestro presidente honorario, Alfonso García Valdecasas, sí me sirvió para entender mejor su talante. Su cortesía le acercaba a otra figura histórica, al catedrático de Derecho Político de la Universidad de Salamanca y tradicionalista sin fisuras, don Enrique Gil y Robles, que llegó a ser muy buen amigo de don Francisco Giner de los Ríos. Por cierto, que Vegas Latapié conocía muy bien la obra de Gil y Robles.

Un día, escogido por mí especialmente por ser 14 de abril, reuní a almorzar a tres leales hidalgos, de grandísima finura intelectual los tres: Eugenio Vegas Latapié, Alfonso García Valdecasas y Rafael García Serrano. De pocas conversaciones más jugosas he disfrutado. Se mezclaban sin cesar noticias históricas contemporáneas y galanuras del ingenio en un coloquio impar.

A lo largo de la presente transición política, fue cuando, sin decirle nada, busqué en Vegas Latapié al maestro. No, por supuesto, en relación con sus ideas concretas. Nuestros puntos de contacto existían, pero quizá más nuestras discrepancias. Por ejemplo, políticamente poco me atrajo *L'Action Française*. Lo que me interesaba de Eugenio Vegas no eran sus ideas, sino sus talentos. El había sabido sacrificarlo todo a su verdad, y ese todo era dinero, prestigio, influencia, rango en la vida pública. Siempre me sirvió de fiel contraste para algo que contemplé con especial fastidio: las carreras en pos del poder, la búsqueda de disfraces, el ansia de dinero sin que moleste el olor, sobre todo, cuando carreras, disfraces, dinero, se pretendían enmascarar —en vano, por supuesto—, de consecuencia, incluso de patriotismo.

Frente a ellas, yo contemplaba la elegancia de la lealtad sin alharacas de Eugenio Vegas, la servidumbre continua que sentía respecto a su verdad, por tener la certeza de saber dónde estaba el norte. Era en él lo que acabó por subyugarme, y no la lectura de sus libros, de sus artículos en revistas de pensamiento o en diarios, que simplemente me resultaban valiosas porque, muy pulcramente escritas, relataban una concreta postura doctrinal política que siempre me dijo poco.

Casi me atrevo a decir que ese buen ejemplo, ese no haber dado escándalo, esa esclavitud a su verdad, por fuerza tienen que haberle deparado el premio al que siempre aspiró para el momento de su tránsito.

He dicho.